



Catalina Opazo
Académica de la Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado
09 de Marzo de 2010

¿De qué estamos hecho los chilenos?

En los últimos días nos hemos visto bombardeados por imágenes y comentarios de las diversas reacciones sociales frente al terremoto y tsunami. Hemos visto como coexisten la violencia, el individualismo, la solidaridad y los actos de heroísmo. Esta catástrofe saca a relucir lo mejor y lo peor de nosotros mismos y en medio de esta cacofonía de actitudes y circunstancias volvemos a preguntarnos por la sociedad que hemos construido y la que quisiéramos tener.

Pasado el primer impacto de los efectos materiales del remezón, muchos quedamos atónitos y horrorizados por las situaciones de pillaje y saqueos de las que fuimos espectadores (cuando no actores, porque comprar toda el agua, el pan y la leche disponible en el supermercado es también otra forma de saqueo). Comenzamos a decir que el “terremoto social” era aún más fuerte y traumático que el movimiento de la tierra y el mar. Rápidamente aparecieron los intentos de explicación y los juicios públicos y privados frente a la brutalidad y violencia que observamos: Que una cosa es tratar de conseguir los elementos básicos para la subsistencia y otra es robar plasmás y lavadoras. Que si es el lumpen que se está aprovechando o si son los ciudadanos comunes y corrientes arrastrados por las circunstancias. Que la situación es ante todo inaceptable y lo que hace falta es mano dura y un par de fusilamientos, que sirvan de castigos ejemplares. Que por qué nos extrañamos, si ese es el Chile que tenemos, producto del sistema neoliberal, marcado por el individualismo, el consumismo y la segmentación social. Que el problema es la falta de valores y de responsabilidad cívica como consecuencia de las fallas de la escuela, la familia, la política pública o la Iglesia. Que desde una perspectiva analítica podemos decir que este tipo de reacciones - ya descritas por diversas ramas de la psicología, psiquiatría y la sociología- son parte de la “naturaleza humana” y siempre han ocurrido frente a catástrofes de esta naturaleza.

Al poco andar, no se hicieron esperar las voces conciliadoras y de la esperanza, que buscaban oponerse al alarmismo y pesimismo. Y nos hicimos parte de cadenas de correos electrónicos que llamaban a reenfocarnos en los miles de gestos solidarios de nuestros compatriotas y entender que los actos de vandalismos no eran mayoritarios. Aparecieron en la televisión las imágenes de los voluntarios institucionalizados y las de los vecinos que se organizan con lo poco que les quedan, las emotivas historias de los llamados héroes anónimos y las imágenes de los poderosos haciendo donaciones suculentas. Nos pusimos en la sintonía de “Chile ayuda a Chile”, nos olvidamos de las condenas y amenazas que nos habíamos hecho al principio de la semana, y nos volvimos a sentir un país solidario, que tiene fuerza para volver a ponerse de pie y que supera la adversidad con conductas cívicas envidiables.

Estas imágenes parecen enormemente contradictorias. Vivimos una disociación entre actitudes comunitarias e individualistas, entre conductas prosociales y las antisociales. Incluso sin irse a los extremos de los vándalos y los héroes: muchos de los que fueron al banco a hacer su

aporte a la cuenta 2702, acapararon en su casa agua o bencina, y muchos de los que salieron de los supermercado cargados de azúcar o harina, se la ofrecieron al vecino que no alcanzó a enterarse de que había chipe libre para entrar y sacar. Entonces, retomo la pregunta que hizo la Presidenta en su discurso al cierre de la Campaña "Chile ayuda a Chile": ¿de qué estamos hecho los chilenos? Y si bien concuerdo con que tenemos mucho de fortaleza, solidaridad y empuje, pienso que la respuesta es algo más compleja, porque también estamos hechos de individualismo, de "arrégleselas como pueda", de "sálvese usted solo". Seguimos siendo sensibles ante el sufrimiento de otros en estas situaciones extremas -y que bien que así sea-, pero también nos hemos hecho inmunes a las inequidades e injusticias en la vida cotidiana, preocupados de resguardar el status, los bienes y el dinero que hemos conseguido.

Me pregunto si esta vez nos daremos el tiempo para mirar un poco más profundamente nuestras reacciones y aprender algunas lecciones. ¿Llegaremos a preguntarnos cuál es esa solidaridad de la que nos enorgullecemos y cómo desde ella podemos fortalecer más profundamente nuestros lazos sociales? Aquí, todos los espacios educativos (no sólo los formales) tienen una tremenda tarea: ¿Habrà tiempo para que los educadores y formadores reflexionen con los miles de jóvenes voluntarios sobre la inequidad y la injusticia social que queda al descubierto tras el derrumbe de las casas, escuelas y hospitales de nuestros pueblos y sectores más pobres? Las múltiples explicaciones que hemos intentado sobre los saqueos ¿no podrían ayudarnos también a analizar otras formas socialmente aceptadas de acaparar y los efectos que éstas sobre el debilitamiento de nuestras redes sociales? ¿Será posible imaginar que el acercamiento que se construye entre diferentes grupos sociales en estas circunstancias pueda transformarse en vínculos más permanente de reconocimiento recíproco? Quizás todo esto sea pedirle demasiado a las circunstancias, sin embargo el proceso de reconstrucción que iniciamos podría verse beneficiado enormemente si logramos tensionar en algo de nuestra segmentación y damos también un espacio a la reconstrucción de nuestro entramado social.